

§ III.

Es cosa generalmente admitida que el primer punto del Nuevo Continente que divisó Cristóbal Colon fué la costa de Paria, y sin embargo, es esto un error refutado ya en su tiempo por el mismo Almirante en su informe dirigido á los Reyes Católicos.

No carece de interes el precisar escrupulosamente el primer lugar del Nuevo Continente que se ofreció á las codiciosas miradas de los europeos, y puede esto lograrse, gracias á los pormenores circunstanciados de la relacion de Colon acerca de su tercer viaje.

Antes de desembocar por el temible paso que el Almirante llamó «la boca de la Serpiente,» tenía á su derecha el último cabo occidental de la Trinidad, y á la izquierda la extremidad superior del delta del Orinoco, rio inmenso que desagua en el Atlántico por siete grandes bocas y cuarenta salidas, en una extension de cincuenta leguas próximamente, que cortan islas é islotes de diversas magnitudes. Una vegetacion espesa y vigorosa ostenta allí su confusa prodigalidad. Por encima de los manglés, cuyos ramajes se bañan en las aguas del mar, por entre los tamarindos, las cañas gigantes y los helechos que semejan árboles, se levantan los anacardos, mauricias, palmeras-abanicos, acacias veras con racimos dorados, confundidos con bejucos que brotan como sarmientos y plantas á manera de arbustos que hacen su profundidad impenetrable así á las miradas del hombre como á la luz del sol. Era imposible no tomar por islas é islotes aquellas porciones de terreno medio anegadas entónces, que formaban innumerables canales, y entre los que ninguna corriente regular indicaba el cauce ó el paso de un rio; ántes al contrario tan pronto los vientos como los remolinos de agua establecen falsas corrientes y las aguas parecen retroceder en lugar de descender. La uniformidad de esa prodigiosa vegetacion hace tan semejantes esas islas por su aspecto, que á menudo los Guarasinis (1), navegando continuamente entre los recortes de los islotes donde ellos habitan en los árboles, se extravían en aquellos laberintos (2).

(1) Algunos escritores dan impropriamente el nombre de Guaranis á estos indijenas; porque estos estan en el Paraguay. Los Guaravins difieren de los Guaranis por el idioma y las costumbres tanto como por la comarca que ocupan.—Dauxion-Lavaysse. *Viaje á las islas de Trinidad, Tabago, Margarita y á diversas partes de Venezuela*, tom. I, pág. 3.

(2) Depons, *Viaje á la parte oriental de la Tierra Firme en la América meridional*, tom. III, pág. 274.

Las miradas del Almirante se dirigieron, pues, primeramente á aquella masa de oscuro verdor que parecia salir de las aguas y elevábase hasta limitar el horizonte. Aunque ningun indicio pudiera hacerle suponer que estaban formadas aquellas islas por la embocadura de un rio, sentía, no obstante, algo nuevo, raro é inexplicable acerca de la naturaleza de aquellos sitios; por lo que, en lugar de dar un nombre colectivo á dichos islotes, designó aquella region con el nombre de «TIERRA DE GRACIA», en atencion á que sólo la gracia de Dios le habia conducido á ella, y no habló en manera alguna de islas en ese pasaje de su relacion. Á pesar de las apariencias de tanta division, se ve que no estaba seguro de tener á la vista un verdadero archipiélago.

El primer punto del Nuevo Continente que fijó necesariamente la atencion de Cristóbal Colon, cuando quiso doblar la punta Jeacos para reconocer la costa interior de la Trinidad, se halla comprendido entre el cabo del Morro y el cabo de Medio, en el delta del Orinoco. En las montuosas inflexiones de la costa, las palmeras pirijaos de corteza lisa coronada magnificamente con penachos, los bombaces unidos entre sí por las flores de oro de las banisterias, las pasionarias, las vainillas entretrejidas con alboholes y cochinillas, las pacurinas de innumerables ramilletes de flores blancas, especialmente los cardones, higueras, y cactus cilindricos daban al suelo una fisonomia profundamente distinta de la fama de las islas. Ramilletes de nopales formidables de los vegetales agudos de hojas sagiteas, los colores de un verde oscuro, el tono casi negro de las fibras, la fuerza leñosa de las menores plantas, el azul del cielo más subido indicaban nuevas condiciones de territorio. Por el carácter gigantesco de la comarca, por la masa de aquella vegetacion colosal, por algo inmenso y poderoso que su intuicion penetraba, comprendia Colon que ya no se hallaba bajo la predominante accion de la humedad salina; que la influencia de los mares cedía aquí á la abundancia del agua dulce, y que, finalmente, veía la Tierra Firme.

Como aquella perspectiva de verdor uniforme no le ofrecia ningun punto de reconocimiento, buscólo en otro lado. Despues de haber corrido algunas bordadas en derredor de la costa interior de la Trinidad, divisó á la distancia de unas doce leguas al Noreste, la cima de un promontorio que él creia ser una continuacion de la Tierra de Gracia, como así era efectivamente. Mandó sacar agua del mar, y era tan dulce, que podía beberse muy agradablemente. Gobernando hacia aquel lado, sintió una corriente muy fuerte que le empujaba al Esnoreste. Aproximándose más, descubrió cerca del cabo Lapa una embocadura más estrecha aún que la de la boca de la Serpiente; y tampoco era menor el ruido y la agitacion de las olas en aquel punto. Cambió de bordada, no sólo con el intento de hallar otra salida, si que tambien para comunicar con los habitantes de aquella region, y siguió la costa occidental. Cuanto más avanzaban, más dulce encontraban el agua y más grata

para la bebida. Tan pronto como divisaron terrenos desmontados y cultivados, desembarcó el Almirante á Pedro de Terreros con un destacamento. Encontráronse senderos trillados, fuego, pescado y una casa sin techumbre. Descubriéronse muchísimos monos, pero no se presentó ningun habitante. El Almirante costó todavía la orilla unas ocho leguas más, y otra vez hizo desembarcar alguna gente. Encontráronse excelentes puertos, muchas tierras cultivadas, árboles de frutos sabrosos y una especie de racimo, pero no pudieron descubrir ningun indigena. Por el ejercicio obligado desde la infancia de sus principales sentidos adquirían los indios tal superioridad en el alcance de la vista, tal finura de oído, tal sutileza de olfato, que notaban á los extranjeros ántes de que ellos les vieran, oían sus pasos, reconocían sus huellas, y de esta manera evitaban su encuentro; por esto es que en la Tierra de Gracia, como ya ántes en la isla de la Trinidad, no habían los españoles podido lograr sorprender á ninguno de ellos.

Aquel día era domingo. Colón mandó celebrarlo en aquella tierra nueva de la que hizo tomar posesión en la forma acostumbrada. Levantóse una cruz grande (1) en el punto más culminante de la orilla, y el sagrado nombre de nuestro Redentor resonó en aquel suelo desconocido. Representó al Almirante en aquella ceremonia el virtuoso jefe de su servidumbre, el capitán Pedro de Terreros (2), porque el estado agudo de su oftalmía le obligaba en aquel momento á quedarse encerrado en su camarote. El primer europeo que pisó el Nuevo Continente fué, pues, Pedro de Terreros, y el segundo Andrés de Corral.

El día siguiente, lunes, 6 de agosto, el Almirante mandó navegar de bolina cerca de la costa. Un bote pequeño tripulado por cinco indios pasó por debajo de la proa de la pequeña carabela el *Correo*, cuyo poco calado le permitía aproximarse mucho á la costa. El capitán llamó á los indios, y les hizo señas de querer ir con ellos á tierra. Comprendieronlo y se le acercaron para recibirle en su canoa. Al saltar éste á su ligera embarcación la volcó expresamente. Los indios querían salvarse á nado, pero los españoles se habían arrojado al agua, cerrándoles el paso: detuviéronles á todos excepto á uno solo, y los presentaron al Almirante (3).

Aquellos hombres eran robustos y de bellas proporciones. Su color recordaba su origen. El Almirante les dió abalorios, pedazos de azúcar, cascabeles y otras cosas que les colmaron de alegría, después mandó que les volvieran á tierra.

(1) «Una gran Cruz hincada en tierra.» — Declaración de Fernando Pacheco en el octavo interrogatorio de la información.—Pleyto, *Probanzas del Almirante*.

(2) Muñoz, *Historia del Nuevo Mundo*, lib. VI, § 26.

(3) Herrera, *Historia general de los viajes y conquistas, etc., en las Indias occidentales*. Década 1.^a, lib. III, capítulo IX.

Enterados los habitantes del buen trato que habían tenido sus compatriotas, se presentaron muy luego á la playa en gran número, y todos querían ir á las carabelas. Traían como regalos: pan, agua pura, un brebaje verde, especie de vino, escudos, arcos, y hasta flechas envenenadas. Miraban á los españoles con indecible asombro, les contemplaban curiosamente, oían con cierta sensualidad sus vestidos, sus lanchas y las bagatelas que les daban (1). «En los extranjeros sentían un olor que les era grato (2).» El día siguiente, á ocho leguas de allá, hacia el Occidente, vió el Almirante el cabo de la Aguja, donde encontró una magnífica campiña y una costa muy poblada. «Mandé echar el ancla, dice, para tener la comodidad de contemplar aquel verdor, aquel bello país y sus habitantes (3).»

Pero sólo podía echar una mirada como á hurtadillas sobre aquella opulenta comarca, porque su oftalmía le privaba de salir de su camarote. Hacía preguntas y se le daba cuenta de todo, y probaba de emitir juicios por la apreciación ajena. El sitio le pareció delicioso y le dió el nombre de *Jardines*. Varios indios se le presentaron para suplicarle de parte de su rey que bajara á tierra. Colón no podía corresponder á semejante invitación, por lo que su aparente indiferencia redobló la curiosidad. «Cuando vieron que yo no me fijaba en ellos, se presentaron en infinito número en las naves.» Su estatura era alta; sus cabellos, negros y flexibles; una tela brillante les ceñía la cabeza: no llevaban más vestido que una especie de pañuelo atado al rededor de la cintura; el de las mujeres era algo más largo. Los botes de los jefes, muy grandes, ligeros y mejor contruidos que los de los demás indios, tenían hacia su centro una especie de camarote donde estaban aquellos con sus mujeres. La mayor parte de ellos adornaban su cuello con placas de oro del tamaño de una herradura, de cuyo adorno parecían estar orgullosos, y sin embargo, no hubo ni uno solo de todos ellos que no lo cediera de muy buena gana por una campanilla. Viéronse también mujeres que llevaban brazaletes de perlas finas, «que hicieron abrir los ojos á los castellanos (4).» El Almirante hizo todo cuanto pudo para saber de donde sacaban el oro, y todos indicaban una tierra muy elevada hacia el Occidente, pero poco apartada; con todo, le persuadían á que no fuera allá, porque se comían á los hombres en dicha tierra. Preguntóles Colón dónde recogían las perlas, y le designaron también el Occidente y el Norte. Á pesar del deseo que tenía Colón de examinar por sí mismo aquellos sitios, debió

(1) Muñoz, *Historia del Nuevo Mundo*, lib. VI, § 27.

(2) Herrera, *Historia general de los viajes y conquistas, etc., en las Indias occidentales*. Década 1.^a, lib. III, capítulo XI.

(3) Cristóbal Colón, *Relación del tercer viaje dirigida á los Reyes Católicos*.

(4) Herrera, *Historia general de los viajes y conquistas de los Castellanos en las Indias occidentales*. Década 1.^a, lib. III, cap. XI.

renunciar á ello; las apremiantes necesidades de la Colonia llenaban su corazón de inquietud; los viveres que había embarcado para los habitantes de la Española se averiaban de cada vez más. La carabela que él montaba no era propia para una exploración de aquel género á causa de su mucho porte. Su salud quebrantada por las continuas vigiliás, sus ojos muy próximos al estado de ceguera le hacían sentir la necesidad de llegar á la Española, desde donde enviaría á su hermano Bartolomé para que continuara los descubrimientos que él tenía emprendidos.

Cristóbal Colon mandó gobernar al Occidente, cuya dirección siguieron, hasta que ya no tuvieron más que tres brazas de fondo. Dejó caer el ancla, y mandó adelantar la *Correo*, para ver si había libre paso. La *Correo* llegó hasta el medio de un golfo muy grande rodeado de otros cuatro menores, donde desaguaban varios ríos: el Paria, el Guarapiche, el Fantasima, el Cacao y el Caripe. En todas partes se encontraron cinco brazas de fondo. El agua era muy dulce: «Nunca la había bebido igual,» decía el Almirante. Á esta especie de mar interior dióle el nombre de «Golfo de las Perlas,» y es el golfo de Paria. Esperaba hallar un estrecho al Norte de aquellas aguas, porque no había ninguna salida ni del lado del Occidente ni del de Mediodía. Pero viéronse de todos puntos rodeados de tierra. El 11 de agosto levó anclas Colon, y retrocedió, para probar entre el cabo Paria y la isla de la Trinidad el paso del peligroso estrecho al Esnoreste, del que se había prudentemente separado el día 5 de agosto. Las corrientes le empujaban tan fuertemente de aquel lado, que no pudo llegar otra vez á la costa de *los Jardines* que hubiera deseado volver á ver. En todas partes el agua era dulce y clara. El día siguiente logró anclar cerca del cabo Paria, en un puerto que llamó *el puerto de los Monos*, á causa de la abundancia de dichos cuadrumanos en los árboles cercanos. Detúvose allí para santificar el domingo, con la intención de volver á salir el lunes y atravesar el temible estrecho.

§ IV.

El lunes, 14 de agosto, estaban cerca del estrecho.

La extremidad Noreste de la Trinidad no se halla exactamente en frente del Sudoeste del cabo Paria. Entre la punta de la isla y la de la Tierra Firme se encuentran varias islas que no dejan entre sí más que salidas impracticables para los buques; pero entre la mayor de dichas islas y el continente americano, se abre un paso de una legua y media de ancho próximamente, el único por el cual se puede aventurar ménos inconsideradamente y desembocar en el mar Caraibe. Sin

embargo, la abundancia de las lluvias y las avenidas de los grandes ríos que desaguan en el golfo de Paria, dan á las corrientes de agua dulce un impulso terrible durante los meses de julio y agosto. Aquella masa de agua fluvial choca contra las islas que se oponen á su salida, y de la lucha entre las olas de agua dulce y las saladas resulta un estrepitoso choque, imitación exacta de la efervescencia y estrépito de los escollos.

Si para entrar en aquel verdadero mar interior, llamado el golfo de Paria, había tenido Colon necesidad del auxilio de la Providencia, no le fué ménos necesaria su asistencia para salir del mismo. Insistimos en los pormenores circunstanciados de ese desemboque en el mar Caraibe que nunca se han referido con exactitud. El verídico Herrera lo confiesa. «No tuvo allí el Almirante ménos fatiga de la que había sufrido en la *boca de la Serpiente*, cuando entraron en el golfo; pero el peligro fué mayor todavía (1).»

Las tres carabelas se encontraban poco ántes del medio día cerca del canal. Las aguas estaban espantosamente revueltas. El agua fluvial empujada hacia el mar se encontraba rechazada por la salada que la marea impelia con toda su fuerza contra la entrada del golfo. Las olas se agitaban con tal violencia que se levantaban á manera de «montañas de agua muy altas, con un ruido tan grande que infundía espanto á los más valientes de los soldados.» Colon conjeturó que las capas de la corriente y las montañas de agua que salían de aquellos canales y entraban en los mismos con tan terrible ruido, provenían del choque del agua dulce con la salada. Aquella se oponía á la entrada de esta, y esta se oponía á la salida de aquella (2).» No pudiendo los pilotos valerse de sus velas por falta de viento, temían verse echados por la violencia de las corrientes á las hondonadas, y quedar estrellados en las rocas de ambas orillas. El Almirante confesó que si llegaban á salir de allí, podrían decir muy bien que se habían librado de la boca del Dragon. «Por cuya causa le quedó aquel nombre (3).»

No obstante la inminencia del peligro, aprovechándose el Almirante de una ventolina de tierra, hizo que avanzaran las carabelas. «Apénas habían entrado las naves en aquella especie de terrible desfiladero, amainó totalmente el viento; viéndose á punto cada instante de precipitarse contra las rocas (4).» Colon no invocó en vano á su protector; porque, en el momento del mayor peligro, le vino del Cielo el auxilio invisible. Levantóse el viento con fuerza; el agua dulce engrosó

(1) Herrera, *Historia general de los viajes y conquistas, etc., en las Indias occidentales*. Década 1.^a, lib. III, capítulo xi.

(2) Cristóbal Colon, *Relacion del tercer viaje dirigida á los Reyes Católicos*.

(3) Herrera, *Historia de los viajes, etc., en las Indias occidentales*. Década 1.^a, lib. III, cap. xi.

(4) Washington Irving, *Vida y viajes de Cristóbal Colon*, lib. X, cap. III.

sus olas como colinas. «Finalmente, Dios quiso que dominando aquella misma agua dulce la salada, echara las embarcaciones fuera.» Su salvación se realizó por la fuerza del viento; pero era tal la seguridad del Almirante, y tanta su confianza en «la misericordia de su Divina Majestad,» que, en aquel momento solemne, se ocupaba tranquilamente en observaciones hidrográficas. Acostumbrado á los prodigios de la divina asistencia, ni siquiera menciona ese maravilloso auxilio, y se limita á consignar su observación con la heroica sencillez que le distingue. Solamente dice esto: «Sali por la embocadura del Norte, y encontré que el agua dulce era siempre victoriosa. Y cuando pasé, cuya operación se realizó por la fuerza del viento, encontrándome sobre una de aquellas colinas líquidas, observé que en las capas de la corriente, el agua de la parte interior era dulce, mientras que la parte exterior era salada (1).» Mientras se practicaba esta operación, las tripulaciones se hallaban apenas repuestas de su consternación.

Luégo que las tres carabelas hubieron atravesado la espumosa «boca del Dragon,» dió Colón en alta voz gracias al Señor por haberle librado de los peligros del abismo (2).

Mandó en seguida gobernar al Noroeste; reconoció la costa exterior de Paria; señaló frente del cabo «de los tres Picos» las tres islas que llamó *los Testigos*, aludiendo sin duda á los tres maravillosos sucesos de aquel tercer viaje, emprendido en nombre de la Trinidad. Dejando luégo al Noreste dos islas más apartadas, que llamó, en honra de la Santísima Virgen, *Concepcion* la una y *Asuncion* la otra, llegó á la *Margarita*, verdadera joya de la naturaleza, isla adornada de suntuoso verdor, llena de amenidad, rica de los dones del suelo, de los productos del mar y cubierta de habitaciones (3). De allí pasó á Cabagua, pequeña isla cercana, árida y triste, pero célebre desde entónces á causa de la pesca de perlas.

Halagado el Almirante por estos descubrimientos, habría proseguido su navegación y entrado en el golfo de Venezuela, pasando por la costa de Caracas, á la otra parte de Cumaná, cuyo horizonte eternamente puro ofrece á la admiración del hombre, en la constante serenidad de las noches, varias constelaciones de ambos mundos, y reúne en el límite aéreo del antiguo hemisferio las sorpresas del Cielo austral. De allí se descubren aplanados, en el extremo horizonte del Norte, los astros familiares á la Europa, el Carro, la Lira, Areturo, Sirio, Casiopea, Orion,

(1) Cristóbal Colón, *Relación del tercer viaje dirigida á los Reyes Católicos*.

(2) «Colón dadas infinitas gracias al Señor que le había librado, etc.»— Muñoz, *Historia del Nuevo Mundo*, lib. VI, § 29.

(3) Herrera, *Historia general de los viajes, etc., en las Indias occidentales*. Década 1.^a, lib. III, cap. XI. — La isla Margarita despojada hoy totalmente de sus bosques, ha perdido su belleza y frescura. En las partes menos áridas se cultiva el algodón y la caña de azúcar, pero lo restante de la isla parece triste y estéril.

mientras que en la inmensidad del espacio brillan las estrellas zenitales del Águila y del Serpentario, el espléndido Navío, la Corona, la magnífica Cruz del Sud, y se dejan sospechar en lontananza, como un vapor bellissimo, las Nebulosas Magallánicas.

Pero el Almirante debió renunciar á esos gozes. La corrupción disminuía cada día los viveres que había reunido con tantas fatigas. Su ceguera casi completa le impedía ahora sus observaciones. No podía sacar de su viaje ideas completas, y peligraba la salud de las tripulaciones prolongando aquel reconocimiento del Nuevo Continente; por esto el Almirante mandó decididamente navegar hacia la Española.